Amantes

Paula Marshall

La paloma y el halcón



CABALLEROS ITALIANOS

Paula Marshall

La paloma y el halcón

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 1992 Paula Marshall. Todos los derechos reservados.
LA PALOMA Y EL HALCÓN, Nº 19 - 13.5.08
Título original: The Falcon and the Dove
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5786-4
Depósito legal: B-5957-2008
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Bianca di San Giorgio estaba arrodillada limpiando una mancha del suelo de piedra del vestíbulo exterior de la torre, que dominaba la pequeña ciudad de San Giorgio, el centro del señorío de su hermano, cuando llegaron Piero de' Manfredini y su séquito, aquel luminoso día de 1430.

Había salido de las destartaladas dependencias que habitaban ella y su hermano para ver que la mancha, que había visto con anterioridad ese día, seguía allí, inamovible, y que Lucia, la sirvienta, había esparcido agua a su alrededor y estaba a punto de alejarse. Bianca había emitido un gruñido de exasperación y le había dejado clara su opinión a Lucia.

—Demasiado difícil de limpiar para una pobre chica, *madonna* —había farfullado Lucia con resentimiento.

—Dame tu delantal, el cubo, el cepillo y el jabón —había contestado Bianca con brusquedad. Después se había arrodillado en el suelo para eliminar la ofensiva mancha ella misma.

No había ninguna tarea en la torre –no podía denominarse castillo–, por humilde que fuera, que Bianca no hubiera realizado en algún momento de su vida. Las nobles pobres tenían que llegar a esos extremos para mantener las apariencias, en especial si eran tan fieramente orgullosas como Bianca y tenían un hermano tan indolente como Bernardo, que desconocía el significado de la palabra orgullo. Alguien tenía que ocuparse de que San Giorgio y la torre no degeneraran hasta convertirse en uno de esos señoríos de aspecto tan indefenso que un grupo mercenario o un vecino ambicioso decidieran atacarlo sin previo aviso.

Estaba tan absorta en su tarea, que pronto se extendió para incluir el resto del sucio suelo, que no oyó los ruidos que indicaban la llegada de alguien importante. Tampoco oyó los pasos acercarse, pero, incluso si lo hubiera hecho habría pensado que se trataba de alguno de los hombres de armas de su hermano. Cuando finalmente notó su presencia, estaba tan convencida de que eran soldados de San Giorgio y de que, como era habitual, lo pisotearían todo si no les daba un grito, que Bianca siguió restregando sin alzar la cabeza.

—Marchaos de aquí —gritó por encima del hombro sin elegancia alguna—. ¡No pongáis vuestros enormes pies en mi trabajo, si sabéis lo que os conviene!

Casi antes de acabar de hablar, notó que una mano

le agarraba la oreja derecha y tiraba con fuerza hasta ponerla en pie y luego la obligaba a girar para que se encarara a su propietario.

Pálida de ira, exceptuando la oreja, que, diantre, estaba rojo escarlata, Bianca se encontró mirando el pecho de un hombre alto; cuando alzó la vista se encontró ante el rostro más guapo que había visto en su vida. Su cabello corto y dorado caía en suaves ondas sobre el rostro bronceado. Los ojos eran azul brillante, la nariz aquilina,y la ancha y bien formada boca se curvaba con una mueca de desdén. Parecía tener poco más de veinte años.

—No tengo costumbre —dijo el propietario de la mano, y por desgracia para ella su voz también era bonita—, de recibir órdenes de fregonas. Si quiero bailar sobre el maldito suelo mojado, lo haré.

—¡Oh! —empezó Bianca furiosa—. ¿Cómo te atreves?

—¿Cómo me atrevo? Una fregona impertinente, además. No te escudes en tu carencia de belleza, mujer —dijo él con desgana, soltando su oreja y dando un paso atrás para examinarla. Eso le dio a ella la oportunidad de examinarlo a él. Su cuerpo era tan bello como su rostro, y su vestimenta estaba a la par. Bianca pensó que era imposiblemente perfecto y la ira creció en su interior.

Estaba vestido de negro de pies a cabeza y lucía un rubí en la oreja derecha, rubíes en el cierre de su larga capa y en la hebilla del cinturón dorado que rodeaba su estrecha cintura. Sus mallas y botas también eran perfectas. La única arma que llevaba era una daga en el

cinto, una auténtica obra de arte, además de un arma mortal. En conjunto daba tanta impresión de riqueza como de miseria los San Giorgio. Hacía que Bianca se sintiera aún menos atractiva, peor vestida y más descuidada de lo que realmente era el caso. Era suficiente para que una jovencita de dieciséis años con respeto de sí misma deseara escupir de rabia.

Su intenso desagrado era muy evidente en la expresión de su rostro. Él se inclinó hacia ella y volvió a agarrarle la oreja.

—Un poco de respeto —empezó— no estaría de más —después, cuando los ojos de ella relampaguearon, rió suavemente y se volvió hacia el hombre mayor que había a su lado—. *Per Dio*, Lodovico, en San Giorgio hasta los sirvientes actúan como miembros de la realeza—lo dijo con una expresión tan desdeñosa que ella casi explotó.

—Soltadme de inmediato, señor.

—Oh, lo haré con gusto, cuando esté listo —masculló él— ¿Por qué habría de retenerte? No eres más que un pez que devolver al mar. Es necesario un pequeño castigo por tu insolencia, ¿pero cuál? ¿Un beso? Temo que un beso sería un castigo para mí.

Bianca descubrió que temblaba violentamente y, para su vergüenza, lágrimas indeseadas amenazaban con surcar sus mejillas.

—Oh, sois vil, vil —fue cuanto consiguió decir.

—Eso me dice todo el mundo. Pero ¿por qué iba a ser original una fregona, niña fregona, más bien?

Bianca notó de repente que tras el desconocido y

el hombre a quien había llamado Lodovico había un cortejo de sirvientes y soldados igualmente bien vestidos, a los que acababan de unirse algunos desaliñados hombres de armas de San Giorgio, riendo y burlándose al ver cómo alguien por fin ponía en su lugar a la malhumorada hermana del señor.

—Decidle que se vaya a Gehenna, señora —cacareó uno de ellos.

Las cejas finas, oscuras y arqueadas del desconocido se arquearon.

—Señora —repitió, riendo y soltándola por fin—. La chanza es original, al menos —le hizo una reverencia burlona.

—Oh —gimió Bianca, casi dando saltos. En sus dieciséis años de vida nunca había estado tan enfadada. Era muy consciente de su desventajosa situación. ¿Cómo podía él saber que era la hermana del señor? ¿Cómo podía decírselo? Era difícil creerlo al verla con un delantal de lienzo marrón, un cepillo en la mano y junto a un cubo de agua sucia. Deseó lanzarle el contenido del cubo por encima. Eso arruinaría su imposiblemente perfecta apariencia, sin duda.

Su torturador vio el cambio de sus ojos y lo reflejó en los suyos con un brillo sardónico.

—Oh, no, no tengo ninguna intención de ser bautizado con agua sucia —dijo.

Se inclinó y, antes de que Bianca pudiera impedirlo, levantó el cubo y se lo dio a Lodovico quien, por su expresión, no aprobaba lo que estaba haciendo el que debía ser su señor.

—Líbrate de eso por mí, Lodovico, antes de que esta arpía haga algo más que bufar —dijo con voz risueña.

—No sois ningún caballero, señor quienseáis, al burlaros así de una pobre joven. Pagaréis por esto, os lo prometo —dijo ella.

Estaba demasiado enfadada y avergonzada para informarlo de que estaba en presencia de la señora de la torre; era muy consciente de cuán poco parecía serlo y apenas podía imaginar la mordaz respuesta que recibiría a esa noticia. Nunca antes había lamentado tanto su corta estatura y su escaso desarrollo físico; era tan delgada y plana como un niño, a pesar de su edad, y tenía tan poca presencia como podía esperarse de una joven que parecía un filete de arenque, tal y como había dicho una vez su hermano Bernardo, para añadir después: «No es extraño que Agneta me diga que aún careces de menstruo».

—Verdad es que no soy caballero, y dudo de esa amenaza de que pagaré por ello —intervino el desconocido—. Ahora, niña, dime dónde encontrar a tu señor, y con premura. Me espera.

¿Lo esperaba? ¿Y por qué no lo sabía ella? Bernardo no era un hermano amable ni considerado, pero solía saber qué se traía entre manos, y no había oído mencionar una visita. En ese momento estuvo a punto de decir quién era, pero lo pensó mejor. Cuanto más tardara, más se avergonzaría él al descubrir que era la señora de la torre. Aunque lo cierto era que no tenía sentido contar con eso; daba la impresión de ser incapaz de avergonzarse por nada ni por nadie.

—Si me dais vuestro nombre, señor… —hizo una

reverencia forzada y casi se atragantó al darle título—, lo informaré de vuestra llegada.

—Puedes decirle que Piero de' Manfredini, señor de Astra, está aquí, a su servicio.

Bianca no pudo callar. El alma se le cayó a los útiles pero feos zapatos al oír con quién había estado tonteando, y quién había estado tonteando con ella.

—El Halcón Dorado…

—Una fregona bien informada. Corre, niña, dile a tu amo que estoy aquí —se llevó la mano al bolsillo que colgaba de su cinturón—. Y aquí tienes una moneda en pago por la oreja maltratada y por el recado —dijo, ofreciéndole una. Su mano era tan bella y mortal como el resto de él… y de su reputación.

Bianca no había creído que pudiera ser tan joven, teniendo en cuenta su renombre como soldado mercenario, capitán y *condottiero*. Un hombre que había obtenido muchas victorias para sus amos florentinos y cuya única derrota no había sido tal, puesto que había conseguido poner a salvo a su batallón, cuyo emblema era el halcón dorado, e incluso incrementar su reputación al casi conseguir vencer a las tres compañías contratadas para enfrentarse a él. Un hombre reputado por su astucia, así como por su valor. Un hombre que había puesto en ridículo a los hombres maduros que se habían enfrentado a él y de quien se decía que su lengua era tan afilada como su espada. Pero la moneda que le ofrecía incrementó su humillación. Ya podía ser el espadachín más listo y despiadado de Italia, ella no necesitaba sus migajas.

Tomó la moneda, la miró con desdén y, estirando el

brazo, la dejó caer en el cubo de agua sucia que sujetaba Lodovico.

—Eso opino de vuestro dinero, señor —dijo, mientras la moneda se hundía bajo la película de espumilla sucia que cubría la superficie del agua—. Podéis quedárosla, si decidís pescarla, claro está.

La mano de él se disparó de nuevo, como un rayo o una serpiente –ella pronto descubriría que esa rapidez de reflejos era una de sus características– agarró su barbilla y echó su rostro sucio y desafiante hacia atrás. Bianca no sabía que tenía la cara sucia, y no le habría importado de haberlo sabido. De hecho, lo habría preferido aunque sólo fuera para burlarse de la imposible perfección de él y demostrarle que nunca la emularía.

—Deja que te vea, muchacha —dijo él—. Una fregona rica ha de ser aquella que rechaza mi dinero. Dejaré que Lodovico le entregue la moneda al cura de la torre, cuando se tire el agua —la giró y le dio una palmada en el trasero—. Ahora corre, niña, corre a decirle al señor Bernardo que estoy aquí, no vaya a ocurrirte algo peor que esto.

¡Era un monstruo! ¡Y pagaría por lo que le había hecho! Pero mientras Bianca iba a buscar a su hermano, la risa del monstruo la persiguió hasta que estuvo en el corredor, lejos de él y su perfección.

La vieja Agneta, sirvienta y ama de compañía de Bianca, entró en su habitación y la encontró mirando horrorizada el rostro sucio que reflejaba su pequeño espejo de mano veneciano, una de sus escasas posesiones de valor.

—No me extraña que pensara que soy una fregona —gimió. El cabello, que se había sujetado sobre la cabeza para que no la molestase mientras trabajaba, se había soltado, y mechones oscuros caían alrededor de su cara delgada y morena. ¡Y su vestido! Santo Dios, su vestido parecía un trapo bajo el horrible delantal. Y ella… Carente de formas, pecho plano, caderas como las de un chico, y uno pequeño además. Recordó la diversión que había visto en el rostro de él y supo a qué se debía. Una perfección imposible como la suya exigía equivalencia en una mujer. Incluso cuando Dios se decidiera a hacerla mujer por fin, y no sabía cuándo ocurriría eso, nunca tendría un aspecto ni remotamente parecido al que podría interesar al señor Piero de' Manfredini.

—Un baño, Agneta —dijo, enfebrecida—. Necesito un baño —al menos estaría limpia la siguiente vez que lo viera.

—¿Un baño, señora? ¿Ahora?

—De inmediato, mujer, sin retraso. Y un vestido. ¿No tengo nada mejor que esto para un día en que mi hermano recibe a nobles invitados en su mesa?

Agneta se arrodilló ante el baúl en el que se guardaban las pocas prendas que poseía Bianca. Tenía un San Sebastián, traspasado por las flechas, pintado en la tapa, y guirnaldas de flores decoraban los costados. Él no se parecía en absoluto al santo oscuro y cadavérico, sino a la bella figura de San Miguel, el arcángel guerrero, que formaba parte del fresco de la capilla de la torre. Se preguntó por qué seguía pensando en la horrenda criatura. No se merecía su consideración; pero

pronto lo vería de nuevo y debía tener mejor aspecto que arrodillada en el corredor, fregando.

Agneta estaba sacando prendas, rezongando y rechazándolas una a una. Demasiado pequeña, demasiado humilde, inapropiada para una ocasión tan especial… pronto llegó al final, con las manos vacías, y se sentó sobre los talones.

—No hay nada adecuado para banquetes y nobles invitados, señora. Lo mejor que tenéis es poca cosa, y os quedará pequeño —alzó de nuevo un vestido de brocado azul y plata.

—Después del baño me lo probaré —dijo Bianca, agitada, pensando que era terrible no tener ni una sola cosa que ponerse. La humillación repiqueteó amarga en su cabeza.

—Le he dicho a vuestro hermano, no una sino varias veces, que no tenéis vestimenta adecuada. Me dijo que no podía permitirse comprar nada mejor hasta que tuvierais más aspecto de mujer y menos de muchacho malformado.

—Bien se permite vestir lujosamente a Giulietta, para que se tumbe de espaldas —clamó Bianca con rencor e impropiedad, mientras se quitaba la ropa sucia y Agneta y las demás criadas llevaban agua para llenar la tina de madera que había en el rincón. Pensó con ira en la amante de su hermano, la última de una larga lista. Ni siquiera era especialmente bonita; pero el arruinado señor de San Giorgio no podía costearse nada mejor.

El jabón que utilizó para lavarse ni siquiera estaba perfumado, provenía de las cocinas. El agua estaba

templada y Bianca se estremeció. No había esencia ni aceite aromático con los que perfumarla. Los cronistas, Plutarco quizá, decían que Cleopatra se bañaba en leche de burra para incrementar su belleza. Tal vez si Bianca di San Giorgio se bañara en ella también se volvería lo bastante bella y atractiva como para conquistar al sultán de Turquía, igual que Cleopatra había seducido a Antonio, llevándolo a perder su imperio.

A pesar de su enfado, con ella misma y con el perfecto Piero, esa idea le provocó una risa burbujeante; su vena satírica siempre estaba a flor de piel, y era capaz de utilizarla contra sí misma, no sólo contra otros. Se dijo que los deseos eran caballos y los pobres sus jinetes, mientras se enjabonaba con vigor. «Acéptalo, Bianca, estás condenada a ser una niña morena y de ojos oscuros, por mucho que Dios te conceda curvas, si es que llega a hacerlo, y tu mal genio nunca mejorará, como profetizan con frecuencia Bernardo y el padre Luca».

Agneta, nunca parca en palabras, se lamentaba alternativamente de la pobreza de su amo y de la falta de encantos de su señora; había sido la nodriza de Bianca antes de convertirse en su doncella.

—Sois tan delgada, tan plana. Dicen que el señor que nos visita es soltero, rico y que, a pesar de su juventud, necesita esposa. Pero, alabado sea el Señor, deseará algo que llene sus brazos, así como su cama… y sólo tengo que miraros.

—No —Bianca se enderezó y esperó a que Agneta alzara la fina toalla para envolverla antes de salir de la tina—, no me mires, te lo suplico. Y en cuanto al señor

Piero, no me casaría con él aunque fuera bello como un ángel, rico como Creso y se postrara ante mí veinte veces al día para pedírmelo, así que no me lo mientes más.

—Bueno, bueno, tal vez algún día… —Agneta se sorbió la nariz y dejó la frase inconclusa. Luego añadió—. Quizá si no hubierais pasado tanto tiempo con el padre Luca, aprendiendo letras, leyendo latín y griego, os habrías convertido en mujer antes. ¿Para qué ha de leer griego una mujer? ¿Qué sentido tiene que una dama sepa esas cosas? Nunca necesitaréis leer, eso no os ayudará en la cama, ni en la cocina.

Se había lamentado ante el sacerdote de la misma manera y él le había respondido con gentileza.

—La señora debe tener algo en la vida. Su mente es aguda. Necesita estar ocupada.

Después de eso había llevado sus quejas a Bernardo, que la había escuchado con impaciencia.

—El padre la está arruinando, le enseña latín, y otras cosas paganas que una mujer no debería saber.

—Mientras sea capaz de cumplir con las obligaciones propias de la señora de San Giorgio, me da igual —había replicado él—. Y mientras la tenga callada puede enseñarle hebreo y hasta magia negra, si quiere. Así no me incomoda continuamente.

Porque Bianca era como la voz de su conciencia y, a pesar de su juventud, veía con claridad su pereza, su autoindulgencia y carencia de coraje, energía y astucia; todas las virtudes que un noble italiano necesitaba para sobrevivir y mantener su señorío en una época de luchas intestinas. Sólo retenía San Giorgio porque era dema-

siado pobre para atraer a los lobos que lo rodeaban. Piero de' Manfredini era uno de ellos, como Bianca sabía bien. Rechazó las quejas de Agneta y permitió que le probara el rico brocado, deslustrado por el paso de los años. Pero, por supuesto, era demasiado pequeño; había sido diseñado para una señora de San Giorgio mucho tiempo antes y, por tanto, también estaba completamente desfasado.

Finalmente, Bianca le quitó el vestido de las manos a Agneta y le desgarró la espalda.

—Cósemelo por encima, me pondré un chal de encaje para esconder las puntadas —dijo con decisión—. Y no, por Dios bendito, no discutas conmigo; debo ponerme algo y es lo único que tengo.

Así que Agneta siguió sus instrucciones. Cuando Bianca se miró en el espejo poco después, pensó que no tenía mucho mejor aspecto que la fregona que Piero de' Manfredini había creído que era, pero tendría que conformarse. Mientras Agneta daba unos últimos e inútiles retoques a su atuendo, llamaron a la puerta. Era Raimondo, el ayudante de cámara de Bernardo, y empezó a discutir con Agneta en cuanto ella abrió.

—El señor requiere la presencia de su hermana en la mesa. Su retraso es muy inconveniente. Tiene invitados de alcurnia y la necesita de inmediato.

Bianca fue hasta la puerta y se puso las manos en las caderas.

—Dile al señor que si honrara a su hermana con una vestimenta decente, ella no tardaría tanto en prepararse. Enseguida iré.

Permitió que Agneta le pusiera un pasador enjo-

yado en el pelo. «Estoy ridícula. Una niña disfrazada de mujer. ¿Tendré alguna vez un cuerpo formado? ¿Por qué no nací varón si no voy a ser más que esto?». Esos pensamientos surcaron su mente mientras salía de la habitación y subía las escaleras, seguida por Agneta, que rezongaba a su espalda.

—Vuestra media tiene un agujero y vuestro calzado es una auténtica desgracia.

—Dulce Jesús, calla ya —espetó ella, abriendo la pesada puerta de roble de los aposentos privados de su hermano, donde se celebraba la cena.

Había hablado tan alto que estaba segura de que él la había oído. Bernardo estaba recostado en su gran sillón, que tenía el emblema de San Giorgio: una cruz de color rojo desvaído y una lanza, la del santo, bordado en el respaldo. Había lanzas y figuras de San Giorgio tallados por toda la torre, un recuerdo de los días en que la familia había sido rica y poderosa, propietaria de las tierras que alcanzaba la vista desde lo alto de la torre, en vez de limitarse a unas escasas parcelas en las afueras de la ciudad. El poder y la riqueza se habían desvanecido, al igual que los San Giorgio. Sólo quedaban Bernardo y ella.

Piero de' Manfredini estaba de pie ante la gran chimenea de piedra en la que había una urna de cobre, deslustrada como todo lo demás en San Giorgio, llena de flores tempranas de estío. Aunque era temprano, era obvio que Bernardo había estado bebiendo y la copa no había abandonado su mano un segundo. La de Piero estaba sobre la mesa, llena. Se había quitado la capa y se veía un halcón dorado, con un anzuelo en el pico, bor-

dado en la pechera de su túnica. Alzó la vista cuando Bianca entró en la sala y su boca se curvó hacia arriba, divertida, cuando reconoció a la fregona del corredor.

Junto a él, Bernardo parecía aún más desaliñado y descuidado de lo habitual. Tenía el jubón manchado y grasiento, la ropa blanca amarillenta, cuando no gris, y el pelo sucio, como siempre.

—Mi hermana… —indicó a Bianca con un gesto, sin hacerle el honor de ponerse en pie—. Tarde, como siempre. Bianca, éste es Piero de' Manfredini, señor de no recuerdo dónde.

Siempre se le habían dado bien los insultos. Era lo único en que demostraba ser un maestro.

—Astra —intervino Piero, sin que su leve sonrisa se desdibujara—. No tiene importancia. Los señoríos van y vienen.

Bianca pensó que eso era una advertencia, al tiempo que una recriminación a Bernardo. Piero le hizo una leve reverencia y siguió hablando.

—La dama y yo ya nos conocemos. Veo que os habéis bañado.

¿Cómo se atrevía a recordarle sus manos y cara sucia y que había estado fregando el suelo cuando llegó? Bianca sintió el vestido aún más apretado y ridículo ante esa mirada fría y esos labios curvados. Pero él se acercó, con la gracia y elegancia de un gato salvaje, alzó la mano que colgaba a su costado, que no había tenido la presencia de ánimo de ofrecerle como habría debido, y la besó.

—Su sirviente, señora —dijo. Pero los ojos azules contaban una historia muy distinta cuando se regodeó

con la palabra «sirviente» antes de soltar su mano. Ella la retiró como si hubiera recibido un picotazo y vio que los labios de él controlaban un temblor.

—¿No tenías nada mejor que ponerte? —preguntó Bernardo con voz amable.

—No, o me lo habría puesto —replicó Bianca con furia, consciente de que debía parecer un espantapájaros comparada con el hombre perfecto que tenía ante ella. Nunca antes la había preocupado su apariencia; la ropa no era más que algo con lo que cubrirse, no un adorno. Se preguntó por qué le importaba tanto en ese momento.

—El señor Piero está aquí por negocios.

—¿Sí? —dijo Bianca— ¿Y qué negocios son esos?

—Nada que interese a una niña pequeña —repuso Bernardo con una desagradable sonrisa.

Deseaba que su hermana fuera grande y exuberante, una pieza que él pudiera utilizar en sus fútiles maniobras para revivir el poder de San Giorgio. Tan sólo un día antes le había echado un vistazo y exclamado: «Dios santo, ¿es que no comes? ¿Cómo puedes ser tan poco agraciada y esquelética? Si fueras una belleza como Isabella da Trente, podría reunir una dote y venderte a algún señor que deseara esposa, ¿pero quién iba a quererte a ti? Incluso el viejo y feo Marucci, que está desesperado por casarse, se rió en mi cara cuando te ofrecí a él. Dijo que no le atraían los mozalbetes, ni las mujeres que parecían uno. Me pregunto a quién has salido. Nuestra madre era bella, que Dios la tenga en su gloria, y nuestro padre no era feo». Después había sollozado, completamente ebrio.

—Mi hermana se ha dignado a aparecer —gritó, haciendo un gesto con la mano al sirviente que había en la puerta—. Dile a Jacopo que traiga la comida —se volvió hacia de' Manfredini—. Siéntate, hombre, y bebe de este buen vino. Apenas has tomado una gota. Incluso los halcones necesitan beber, ¿no es cierto?

Piero encogió los hombros y esperó a que Bianca se sentara y Agneta se situara detrás de ella, antes de ocupar un sillón no tan esplendoroso como el de Bernardo. El resto de la compañía hizo lo propio cuando él ocupó su sitio en la mesa. Bianca notó que seguía sin tocar el vino. Si alguien había de emborracharse esa noche, dudaba que fuera el señor Piero. Ella no aprobaba los excesos y eso debería haberla satisfecho pero, misteriosamente, incrementó su desagrado por el hombre.

Para sorpresa de Bianca, la comida era buena. Mucho mejor que la habitual, y el vino también; no podía imaginar de dónde había salido. Cuando empezaron a comer, el visitante sacó un pequeño utensilio de plata del bolsillo que colgaba de su cinturón, y lo utilizó para sujetar la carne mientras la cortaba con el cuchillo suministrado por Bernardo.

Bianca no pudo evitar observarlo. Él percibió su mirada, parecía captar cuanto sucedía a su alrededor.

—Una herramienta útil, ¿no creéis? —dijo, con una sonrisa y un cierto deje de lástima.

A Bianca la enfureció su lástima, pero pudo más la curiosidad con la que solía enfrentarse al mundo.

—Veo que evita que la grasa manche los dedos y la ropa. ¿Cómo se llama?

—Tenedor —contestó él—. Es un utensilio nuevo.

—Las viejas costumbres son mejores —intervino Bernardo con tono condescendiente.

Bianca lo miró con irritación. Piero de' Manfredini hacía que Bernardo pareciera peor que nunca y excitaba su mal genio, siempre presente en ella.

Prosiguieron con la comida. Ella no pudo evitar comer con gusto, por no decir gula, cuanto pusieron en su plato, desde la carne de jabalí, a los mazapanes que sirvieron de postre. No era consciente de que Piero, el que todo lo veía, también veía eso. Era evidente que la hermana del señor no solía disfrutar de buena comida. Pero Bianca estaba demasiado ocupada comiendo para notar su interés por ella. Pensaba que tal vez, si comiera así todos los días, llegaría a desarrollar pecho y trasero. Se lamió los dedos, no debía desperdiciar ni un ápice de la buena comida, sólo Dios sabía cuándo volvería a disfrutar de ella.

Piero, observando su placer, ocultó la lástima que sentía desde que entró en la sala y supo que la descarnada fregona era la dama de la torre. Era consciente de que ella rechazaría ese sentimiento con ira. El desagrado que había sentido por el maleducado señor de San Giorgio en cuanto lo vio, se incrementó al adivinar que su desagraciada hermana no solía comer tan bien como esa noche. Además, era consciente de que su visita había sido una pérdida de tiempo.

—¿Seguís sirviendo a Florencia, señor Piero? —preguntó Bernardo con la boca llena—. Buenos pagadores, pero muy exigentes, he oído decir.

—Cierto —afirmó Piero—. E imponen un comisario que no sólo se ocupa de llevar las cuentas, sino que exige participar en la estrategia de batalla. Hoy en día se exige diplomacia además de artes militares para conducir la guerra.

Bernardo rió. Había pedido al Halcón Dorado que lo visitara por varias razones. Iban desde un malformado deseo de crear un pequeño grupo de soldados para ofrecérselos por un precio, al deseo más ambicioso de encargarle que recuperara las tierras perdidas por los San Giorgio, bajo promesa de pago cuando volvieran a pertenecerle.

Pero él, ¿por qué había accedido? Qué había llevado al señor de Astra, el *condottiero* de Florencia, a San Giorgio? ¿Por qué había dejado a su ejército en manos de sus capitanes? Algo lo había atraído, pero ¿qué? Era una pregunta que sus capitanes también se habían hecho, sin atreverse a formularla. Conocían demasiado bien a su jefe. Más de una vez había puesto en marcha planes que parecían no tener sentido, pero que una vez ejecutados demostraban ser razonables y lógicos.

Piero de' Manfredini siguió a la mesa, charlando. Lodovico, a su lado, mantenía el silencio excepto cuando Piero le solicitaba algún dato o comentario.

—Pero estamos aburriendo a la dama —dijo, deseando por encima de todo silenciar la retahíla de rumores y cotilleos inciertos con la que Bernardo intentaba impresionarlo.

—No —contestó Bianca con sinceridad—. Me gusta enterarme de cosas del gran mundo —siguió

con súbito entusiasmo—. Me gustaría formar parte de él. San Giorgio es un lugar carente de interés.

—Sólo para ti, hermana —Bernardo la miró fijamente—. El gran mundo no es para las niñas —seguía bebiendo copiosamente e instaba a su invitado a que hiciera lo mismo. Bianca, siempre observadora, y más cuando retiraron la comida, notó que aunque el vino de Piero desaparecía y su copa era rellenada, no parecía tener efecto en él. O bien tenía mucho aguante o estaba consiguiendo disponer del vino sin bebérselo, o al menos bebiendo sólo un poco.

Bianca, convencida de la astucia villana de Piero, estaba segura de que se trataba de la segunda opción. Pero por más que lo observaba, no conseguía captar cómo lo hacía. Él vio que lo miraba y le dedicó una sonrisa tan dulce que ella parpadeó con asombro, mientras una oleada de calor recorría su cuerpo.

—Un brindis por la señora de San Giorgio —dijo Piero, alzando su copa.

—¿Y quién habría de ser, no estando yo casado? —rezongó Bernardo, embriagado—. Ah, os referís a Bianca —añadió con sorpresa, siguiendo la mirada de Piero—. Sí, supongo que podría llamarse así.

Ese comentario fue demasiado para Bianca. Había evitado beber demasiado, el vino tenía un efecto desastroso en ella si se excedía. Se puso en pie.

—Pido permiso para retirarme, hermano —dijo, con tanta dignidad como pudo.

—Sí. Puedes irte —hizo un gesto con la mano—. Estoy seguro de que nuestro invitado te excusará.

Debe estar acostumbrado a una compañía más vivaz que la tuya, y tenemos cosas importantes que hablar, inadecuadas para los oídos de las niñas —soltó una risotada, celebrando su ingenio, y Bianca se sonrojó avergonzada.

Bernardo pensó que, desde luego, no podía ofrecerle a Bianca a Piero de' Manfredini. Alguien de su prestancia no se sentiría tentado por esa minucia.

Piero se puso en pie. Sus modales eran tan perfectos como el resto de su persona. Corteses sin ser serviles, destacaban a Bernardo di San Giorgio como el zafio que era, o en el que la bebida y la decepción lo habían convertido.

Bianca, con Agneta a su espalda, fue hacia la puerta. Una vez allí giró y miró hacia la mesa.

La luz de las velas creaba un halo dorado alrededor de la cabeza de Piero. Como si hubiera sentido su mirada físicamente, él volvió la cabeza y le ofreció la misma sonrisa deslumbrante de antes. Ella pronto descubriría que era poco frecuente en él.

Tuvo más efecto que la palmada en el trasero que le había propinado en el corredor. Fue como si alguien la golpeara en el estómago, y se sintió mareada, como si se le hubiera caído la ropa y un cosquilleo invadiera su cuerpo. Se estremeció, movió la cabeza e intentó recuperar el control. Debía estar volviéndose loca para que la sonrisa de un hombre que no le agradaba tuviera un efecto tan extraño en ella.

Estaba tan conmocionada que ignoró las quejas y recriminaciones de Agneta sobre el estado de su

cuerpo, su ropa, su conversación, su todo, y se fue a la cama. Una vez allí, sorda a regañinas, advertencias y amonestaciones, supo que por primera vez en su vida anhelaba ser increíblemente bella y tener ropas perfectas, un cuerpo estupendo, y los talentos de Venus, diosa del amor, y Pallas Atenea, de la sabiduría, combinados en su persona, para volver loco de deseo al perfectísimo Piero.

Dos

¿Por qué hemos venido a San Giorgio? —le preguntó Lodovico a su comandante que, sentado ante una mesa, dibujaba un mapa. Piero, como siempre, estaba inmaculadamente vestido, a pesar de lo temprano de la hora.

—Sondeo —contestó Piero, sin levantar la cabeza de su tarea.

—¡Sondeo! —exclamó Lodovico—. Para eso podrías haber enviado a Van Eyck o a Bisticci. ¿Por qué venir tú? Todo el mundo sabe que Bernardo di San Giorgio, señor de Nada, no tiene nada que ofrecer.

—Dime, Lodovico, ¿ahora eres tú mi capitán? —la voz de Piero sonó ecuánime—. ¿Tienes más consejos que ofrecer basados en tu sabiduría?

—Lo que digo es puro sentido común —replicó el

hombre con sequedad. Se acercó a la aspillera para echar un vistazo al paisaje soleado de abajo—. No es propio de ti perder el tiempo.

—No —corroboró Piero—. ¿Por qué asumes que es eso lo que hago, entonces? —habiendo finalizado su trabajo en el mapa, dejó la pluma—. ¿Tienes más perlas de sabiduría que ofrecer? Si es así, me gustaría oírlas.

—Sólo que espero que partamos hoy temprano. ¿Digo a los hombres que se vayan preparando?

—Tu expectativa difícilmente se cumplirá. ¿Acaso parezco vestido para emprender un largo trayecto a caballo?

Lodovico contempló la espléndida apariencia de su capitán y emitió un suspiro.

—En absoluto. ¿Cuándo pretendes salir entonces?

—Como aún no lo he decidido, no puedo contestarte. Dime Lodovico, ¿qué te inquieta? ¿Mi interés por el señor, o por la hermana del señor?

Lo dijo con tanta sequedad que Lodovico suspiró de nuevo. Era imposible engañar a Piero, como sabía muy bien.

—Me cuesta creer que te interese ninguno de ellos. Pero algo te trajo aquí y ahora algo te retiene.

Piero bostezó con elegancia. Su respuesta fue tan cortante como el tono de su voz indiferente.

—Esta conversación no tiene sentido alguno. Soy tan consciente como tú de que debemos reagruparnos con la *condotta* y continuar con el sitio de Trani, siguiendo las órdenes de nuestros amos florentinos.

También sé que Bruschini, el comisario florentino, pretende que bailemos al son que él toca y estará esperando impaciente. Te diré que en parte mi razón para quedarnos es hacerle esperar. Debe aprender que yo, y nadie más, puede dirigir mi *condotta*. Y menos aún un tenedor de libros cuyo único propósito en la vida es ahorrar dinero, independientemente del éxito de la campaña. Lo mantendré informado de lo que considere necesario que sepa, y de nada más. Un ejército no puede tener dos al mando; es la primera y última norma en la estrategia de batalla. ¿Te basta con eso? Para el resto tendrás que controlar tu impaciencia.

—Es una estrategia peligrosa, tanto con Bruschini como con Florencia… —empezó Lodovico.

—Si hubiera pretendido evitar el peligro me habría quedado en el monasterio, de rodillas el resto de mi vida, excepto, claro está, para entonar himnos sobre paz en la tierra y buena voluntad para todos los hombres. La guerra y la diplomacia implican peligro. De hecho, son peligro. No creas que nuestra relación te da tantos derechos, Lodovico. No tengo intención de explicar a diario cada plan que se me ocurre. Te contaré lo que necesitas saber. En cuanto a los hombres, seguramente les haga regresar hoy, bajo el mando de Filippo Montone. Ya es hora de darle un poco de independencia. Empezará llevando a su pequeña tropa de vuelta al batallón principal. ¿Cuento con tu aprobación, amo y señor?

Lodovico se inclinó ante lo inevitable y se dio la vuelta para marcharse. La bella voz de Piero lo detuvo en la puerta.

—Y, Lodovico —dijo—, estás equivocado respecto a una cosa con respecto a nuestra visita, muy equivocado. Dejaré que descubras cuál por ti mismo. Eso debería entretenerte el resto de tu estancia aquí.

Bianca se despertó por la mañana preguntándose por qué se sentía tan molesta, y entonces recordó. Era él, Piero de' Manfredini, quien había puesto un nubarrón en su vida. No le molestaba ser la pobre, desgraciada y mal vestida Bianca di San Giorgio mientras no hubiera nadie que la viese. Pero que un hombre tan superior como Piero de' Manfredini llegara a destrozar su conformidad con su falta de atractivo era más de lo que una jovencita de apenas dieciséis años podía soportar.

Lo peor de todo era que eso hacía que los suspiros y quejas de Bernardo y Agneta sobre sus carencias parecieran razonables. Y ni siquiera era mujer, a una edad ya tan avanzada; Dios había olvidado dotarla de menstruo y de curvas femeninas, habiendo entregado, por el contrario, toda la belleza que ella necesitaba al perfecto Piero. La amargura que sentía habría bastado para agriar la leche.

Tras romper su ayuno con pan moreno, nada de lujos cuando el invitado no estaba presente, lo vio en el patio exterior hablando con Lodovico, tan esplendoroso que deseó escupir. Y aunque parecía concentrado en la conversación, el maldito debía tener ojos en la nuca, porque captó su presencia.

—Que Dios os dé un buen día, *madonna* Bianca —dijo, antes de tener la cortesía de volver la cabeza.

Fue una lástima que se dignara a hacerlo, porque había tenido que ponerse su desvaído vestido de tafetán marrón, limpio pero ajado, y tan corto que se le veían los tobillos. Tenía más aspecto de sirvienta que nunca, y además era desgarbada como una niña de doce años. El perfectísimo Piero fue cortés, pero ella habría jurado que vio cómo sus labios temblaban de risa al verla.

Su enojo adquirió tal dimensión que, sin poder contenerse, habló con una fiereza y una descortesía inapropiadas en la señora de San Giorgio.

—Veo que seguís con nosotros, señor Piero. Aún no os habéis marchado.

La respuesta de él fue tan educada como el comentario de ella había sido grosero, pero con doble filo, una característica que ella llegaría a reconocer con el paso del tiempo.

—¿Y vos, *madonna*, seguís con nosotros?

—Naturalmente que sigo aquí —espetó ella—. Ésta es mi casa.

Él enarcó una ceja y sonrió, no una sonrisa brillante como la de la noche anterior, sino un mero esbozo. Ella se preguntó cómo podía ser tan asquerosamente guapo y encima complementar la belleza de su cuerpo con vestimenta perfecta.

Esa mañana llevaba ropa cortesana cubierta con un largo sobretodo azul zafiro de mangas anchas, que concluían en ajustados puños de piel de armiño. Lo llevaba atado con un cinturón de plata decorado con